

Ecuador-Perú
Evaluación de una década
de paz y desarrollo

Claudia Donoso, compiladora

Ecuador-Perú

Evaluación de una década de paz y desarrollo



© De la presente edición:

FLACSO, Sede Ecuador
La Pradera E7-174 y Diego de Almagro
Quito - Ecuador
Telf.: (593-2) 323 8888
Fax: (593-2) 3237960
www.flacso.org.ec

Corporación Andina de Fomento
Av. 12 de Octubre N24-562 y Cordero
Quito - Ecuador
Telf.: (593-2) 222-4080
Fax: (593-2) 222-2107
ecuador@caf.com
www.caf.com

ISBN: 978-9978-67-204-4
Cuidado de la edición: Adrián Dubinsky
Diseño de portada e interiores: Antonio Mena
Imprenta: Rispergraf
Quito, Ecuador,
1ª. edición: mayo 2009

Índice

Agradecimientos	9
Presentación	11
<i>Francisco Carrión Mena</i>	
Inauguración	15
<i>Adrián Bonilla</i> <i>José Antonio García Beldunde</i> <i>María Isabel Salvador</i>	
Ecuador-Perú: evaluación de una década de paz y desarrollo	27
<i>Claudia Donoso</i>	
 PARTE I: EL ROL DE LA DIPLOMACIA	
El papel de la diplomacia en los Acuerdos de Paz de Itamaraty: una reflexión diez años después desde la perspectiva peruana	39
<i>Fernando de Trazegnies</i>	
El papel de la diplomacia en los Acuerdos de Paz de Itamaraty: una reflexión diez años después mirada desde el Ecuador	51
<i>José Ayala Lasso</i>	
 PARTE II: IMPACTOS Y RETOS FUTUROS DE LOS ACUERDOS DE PAZ EN EL DESARROLLO ECONÓMICO BINACIONAL	
El Acuerdo de Paz Ecuador-Perú: ¿Hubo rédito económico?	71
<i>Manuel Chiriboga</i>	

Impactos y retos futuros de los Acuerdos de Paz en el desarrollo económico binacional vista desde el lado peruano	93
<i>Drago Kisic</i>	

PARTE III: ECUADOR-PERÚ: PAZ E IDENTIDAD CULTURAL

Ecuador-Perú: paz e identidad cultural desde	115
la visión del Ecuador	
<i>Iván Carvajal</i>	

Ecuador-Perú:	
paz e identidad cultural desde la visión de Perú	137
<i>Alberto Adrianzen</i>	

PARTE IV: INTEGRACIÓN FRONTERIZA

Integración fronteriza, democracia y sociedad en el Perú.	
Diez años de paz entre Perú y Ecuador	145
<i>Eduardo Toche</i>	

Logros y perspectivas:	
Diez años de integración fronteriza Ecuador-Perú	167
<i>Boris Cornejo</i>	

PARTE V: VISIONES DE LA SEGURIDAD,
DEFENSA Y DESARROLLO BINACIONAL

Visiones de la seguridad y la defensa	193
<i>Ántero Flores Aráoz</i>	

La visión ecuatoriana de la seguridad y la defensa	199
<i>Javier Ponce</i>	

Seguridad, defensa y desarrollo diez años después	203
<i>Adrián Bonilla</i>	

PARTE VI: MODELO DE NEGOCIACIÓN DE CONFLICTOS Y APLICACIONES

**Modelo de negociación de conflictos:
el caso peruano-ecuatoriano. Aplicaciones eventuales
de este tipo de negociación a otros conflictos** 211
David R. Mares

**El rol de los países garantes en la mediación de la
controversia ecuatoriano-peruana** 227
Heather Hodges

PARTE VII: PERCEPCIONES RECÍPROCAS

**El tratado de paz entre Ecuador y Perú de octubre de 1998:
percepciones recíprocas diez años después** 231
David Scott Palmer

**El instrumento de una fundación política: la diplomacia presidencial
directa. Percepciones recíprocas diez años después** 245
Jorge Morelli

**Guerra del Cenepa:
construcción del discurso nacional en la prensa peruana** 257
Roberto Sánchez

**De “Caín de América” a “Pueblo hermano”:
discurso, imaginarios y representaciones en torno a las relaciones con Perú** 275
Nicanor Benítez

Clausura 289
Rafael Roncagliolo
Francisco Carrión

Parte I:
el rol de la diplomacia

El papel de la diplomacia en los acuerdos de paz de Itamaraty: una reflexión diez años después desde la perspectiva peruana

Fernando de Trazegnies*

Muchas personas me han preguntado cuándo y por qué me involucré en el proceso de negociaciones con Ecuador. En realidad, como abogado y profesor universitario, estaba muy lejos de esta problemática. Recién tomé un mayor conocimiento del debate fronterizo con Ecuador en el año de 1995, cuando el Gobierno peruano decidió enviar a un grupo de intelectuales independientes como embajadores especiales para explicar en el extranjero nuestra posición en el conflicto armado que acababa de producirse entre los dos países.

Dos años más tarde, en julio de 1997, Eduardo Ferrero, recién nombrado canciller, me llamó para ofrecerme la presidencia de la delegación peruana encargada de las conversaciones con Ecuador. Tenía, en verdad, muchas razones para no aceptar. Esta designación iba a trastocar profundamente mi entorno y mis preocupaciones, precisamente cuando estrenaba una vida en muchos aspectos nueva, que implicaba desafíos y exigencias particularmente difíciles: nueva familia, nuevo estudio de abogados, un hijo que debía nacer posiblemente cuando estuviera en Brasilia en el curso de mi primera sesión de negociaciones (¡felizmente, se adelantó y nació una semana antes!).

Por otra parte, a pesar de lo que había estudiado en 1995, el tema fronterizo no era hasta entonces mi especialidad.

Sin embargo, sabía que mi experiencia en negociación –hasta entonces desarrollada en el campo de las relaciones comerciales– podía ser útil

* Ex Canciller de Perú. Abogado y diplomático peruano de carrera.

para este efecto. Y, más allá de todas mis razones para declinar el nombramiento, sentí que no podía negarme porque creo en la paz entre los pueblos, más aún cuando tenemos tantas razones de hermandad como en el caso de Ecuador y Perú. Y por eso, hice a un lado mis preocupaciones y mis intereses personales, y acepté.

Pero, obviamente, no quería tampoco perder el tiempo en ello si no existía decisión política de ir adelante. Y así, le contesté a Eduardo Ferrero que aceptaba pero dejando constancia de que yo no iba simplemente a entretener a Ecuador para mantenerlo a raya por aburrimiento, sino que trataría seriamente de llegar a un acuerdo. Eduardo me contestó que el problema era muy difícil y me preguntó –un poco irónicamente– si yo creía que podía resolver un problema que traía ya más de medio siglo (contando sólo desde el Protocolo de Río, sin tener en cuenta la repetitiva historia de otro siglo atrás de discrepancias). Le contesté que no sabía si lo lograría pero haría todos mis esfuerzos. Siempre en tono escéptico y hasta burlesco me contestó que no tenía inconveniente en que lo intentara. Con este presunto apoyo, comencé mi tarea.

Mi primera experiencia en Brasilia fue muy frustrante porque encontré que no se trataba propiamente de negociaciones (incluso esta palabra era evitada) sino que simplemente las dos partes leían vibrantes alegatos escritos con la misma agresividad de quien informa ante una Corte (en este caso inexistente) y con la misma solemnidad oficial de quien inaugura un monumento. ¡Qué lejos estaba todo esto de las negociaciones comerciales a las que estaba acostumbrado, en las que prevalece la agilidad y el objetivo claro de llegar lo más pronto posible a una meta exitosa!

Para soslayar estos obstáculos metodológicos sin faltar al formato ni a mis instrucciones, desarrollé una actividad paralela a las conversaciones oficiales: comencé a establecer relaciones más personales con los miembros de la delegación ecuatoriana, saliendo a comer juntos y reuniéndome informalmente para conversar como amigos. En estas conversaciones más relajadas, era posible rebajar (nunca suprimir) el nivel de las susceptibilidades y de las desconfianzas recíprocas y plantear cosas no en términos de apasionadas defensas que no hacían sino abrir más la brecha emocional, sino de cautelosas investigaciones para descubrir si racionalmente era posible hallar algunos puntos en común.

Me desconcertaba sobremanera comprobar el abismo emocional que existía entre Perú y Ecuador siendo dos pueblos tan extrañamente idénticos. Sin duda los dos países presentan diferencias. Es más, los dos son países con diferencias muy grandes en su propio interior, desde el punto de vista cultural, económico y social: contienen grupos humanos con visiones del mundo marcadamente distintas. Pero nunca he creído que la unidad nacional deba darse a través de una homogenización de culturas impuesta por unos grupos sobre otros. La unidad surge en el plano social como una articulación de diferencias. Pero a su vez, estas diferencias no son estáticas sino que interaccionan entre sí y van produciendo nuevas culturas —llámense mestizas— con nuevas diferencias y también con nuevos puntos de articulación dinámica.

Ahora bien, Perú y Ecuador tienen elementos muy fuertes para establecer esa articulación que unifica y a la vez permite y estimula la creación de nuevas formas sociales. Los dos países son culturalmente herederos tanto de los españoles como de los incas, tienen una geografía parecida, deben enfrentar una problemática común respecto de la pobreza y el desarrollo. La historia nos une en forma insólita. La abundancia de parentescos entre las familias peruanas y las ecuatorianas es notoria: en muchas de las familias peruanas hay ascendientes quiteños o guayaquileños. Y estas vinculaciones se encuentran también en el plano político. Nada menos que el primer gobernante del Perú independiente, después del Protectorado de San Martín, D. José de la Mar, había nacido en Cuenca, Ecuador. El local de nuestro Ministerio de Relaciones Exteriores, el Palacio de Torre Tagle, perteneció también —cuando menos desde principios del siglo XIX hasta que lo compra el Estado a comienzos del siglo XX— a la familia Ortiz de Cevallos, de origen quiteño. Aún más, una devoción profundamente peruana cuyas procesiones llevan a cientos de miles a las calles, es la del Señor de los Milagros. Sin embargo, este Señor tan limeño se pasea en un anda por las calles llevando adosada la imagen de una Virgen. Y, ¿cuál es esta Virgen? Pues la Virgen de la Nube, una Virgen ecuatoriana, representada en una pintura de la Escuela Quiteña. Quizá no es una casualidad que la paz se haya firmado en el mes de octubre, en el mes en que el Señor peruano pasea por las calles de Lima acompañado por la Virgen quiteña.

Y con toda esa comunidad de pasado y de futuro, ¿no era posible poner fin racionalmente a una controversia que en el fondo era suicida para ambas partes?

El resultado de mis conversaciones informales —y no autorizadas— con los miembros de la delegación ecuatoriana fue la comprobación de que, más allá de la desconfianza y los prejuicios derivados de las controversias que llevaban décadas, o más propiamente siglos, definitivamente había en ambas delegaciones una gran honestidad patriótica y también una buena disposición a encontrar una salida aceptable para ambas partes. De esta manera, procurando evitar irritaciones recíprocas, era posible buscar una solución de consuno.

Traje esta noticia a Lima y fue recibida con mucho escepticismo. Se me hizo notar que “los profesionales” en el tema pensaban que esto no era sino una ilusión y que no debíamos dejarnos engañar por ella; pero, aunque fuera probablemente un ejercicio inútil, se me autorizó a explorar el tema con cautela. A partir de entonces no hice sino alentar todo lo que pude esta actitud conciliatoria; y mi delegación fue poco a poco convenciendo de que esta no era una pretensión irrazonable. Así, imbuidos todos de un espíritu constructivo que intentaba lograr la conciliación de los puntos de vista sobre la base de demostrar con gentileza la racionalidad de nuestros argumentos y de escuchar con sensibilidad las dificultades que tenía Ecuador para aceptarlos, logramos que comenzáramos a entendernos unos a otros: lo cortés no quita lo valiente; y hace la acción más eficiente.

Debo enfatizar que durante toda la negociación conté con una estupefante, afectuosa y permanente colaboración de los miembros de mi delegación. Aunque prácticamente no conocía a muchos de ellos antes de haberme cargo de la presidencia de la delegación, sin ninguna dificultad nos organizamos como un verdadero equipo que pronto se afirmó aún más sobre la base de una estrecha amistad personal. Cada uno, desde su propio punto de vista, jugaba un papel igualmente importante en el desempeño de nuestro delicado encargo.

Me propuse ser visto por los demás como un director de orquesta que, si bien tenía una partitura y un espíritu que imponer, daba la más amplia posibilidad de expresión a los magníficos solistas que me acompañaban.

En verdad, no hubiera sido posible el éxito en esta empresa sin la sabiduría sobre el tema de fronteras del embajador Jorge Colunge; sin la exquisitez diplomática del almirante Jorge Brousset, quien incluso me ayudaba a recobrar el aliento cuando a veces, a pesar de mi terco optimismo, el ánimo me flaqueaba; sin la estratégica dureza negociadora del embajador Hugo de Zela (hijo); sin el apoyo del recordado historiador Percy Cayo, hoy fallecido; sin las enciclopedias vivientes en materia de historia de los límites que eran Luis Sandoval y José Boza; sin la excelencia científica en geografía y el extraordinario conocimiento de la zona –al que yo bromeando calificaba de “saber peatonal”– que tenía el coronel Gerardo Pérez del Águila, quien nos describía las quebradas y los montes de la Cordillera del Cóndor con la vivacidad de quien los había caminado íntegramente; sin la fineza del razonamiento jurídico de los abogados internacionales Fabián Novak y Fernando Pardo; sin el análisis meticuloso y desconfiado del Embajador Raúl Patiño, quien nos daba sutiles lecciones de suspicacia y de prudencia; sin la discreta pero eficientísima tarea logística del hoy embajador Néstor Popolizio; en fin, sin la ayuda infatigable de los jóvenes asistentes que trabajaban en las computadoras sin descanso hasta altas horas de la madrugada preparando las presentaciones en power-point o re-escribiendo enjundiosos textos. Y cuando la delegación se abrió en cuatro comisiones, personas como el Dr. Alfonso de los Heros, el economista Drago Kisic, el empresario Alfonso Bustamante, el embajador Jorge Valdez, cuyos consejos ponderados e inteligentes ayudaron enormemente a seguir el camino correcto, el doctor Diego Calmet, para no citar sino algunos nombres, se sumaron como verdaderos puntales en la construcción de un camino de solución.

Un hecho fundamental en el curso de la negociación fue que el presidente de la República, Ing. Alberto Fujimori, en un momento dado se convenció de la posibilidad de llegar a un acuerdo dentro del marco del Protocolo de Río, en términos que fueran aceptables para Ecuador pero respetando siempre lo que constituía la posición peruana tradicional en materia de línea de frontera. Cada vez que la delegación salía de viaje, el ministro de Relaciones Exteriores nos llevaba donde el presidente para recibir instrucciones. En esas reuniones yo trataba de contagiar mi obstinado optimismo. En una de esas ocasiones, se decidió que se tomara una

fotografía del grupo, y cuando estábamos ya acomodados, el presidente me dijo: “Bueno, si usted tiene razón, esta fotografía será histórica; si no, al menos, será una foto más para su álbum familiar”. Ahí comprendí que el presidente percibía que había algo posible, algo real detrás de mi entusiasmo.

Ese viaje fue el que dio lugar a la Declaración de Brasilia. La redacción final fue consultada telefónicamente a Lima y la delegación recibió las primeras reacciones de Cancillería —debo confesar que con mucha frustración después de todos los esfuerzos que habíamos hecho— que eran más bien duras y, desde nuestro punto de vista, irrealmente exigentes. Estábamos todos reunidos en el hotel de Brasilia con la desesperación de ver que se nos podía escapar una ocasión extraordinaria para asegurar el camino de la paz cuando decidimos hacer una última llamada telefónica al ministro, quien se encontraba en el Palacio de Gobierno, para intentar llegar a una redacción que fuera autorizada por Lima y que pudiera ser aceptable para Ecuador. Puse el altoparlante para que todos los miembros de la delegación pudieran oír y llamé. Me dijeron que me pasarían con el ministro. Sin embargo, nos llegó una voz que no era la del canciller ni la de ningún funcionario conocido del ministerio. Pregunté cautamente: “¿Eduardo...? Y la respuesta fue: “Soy el presidente, pero el ministro lo está escuchando. Puede usted discutir las cosas conmigo”. Hice las observaciones correspondientes y el presidente me preguntó si esa era solo mi opinión o si otros miembros de la delegación pensaban lo mismo. Toda la delegación estaba presente escuchando conmigo la conversación; y de inmediato todos contestaron al unísono que esa era la posición unánime. Las conversaciones telefónicas con el presidente se repitieron desde las seis de la tarde hasta las tres de la mañana, hora de Brasilia. Dado que a esa hora —medianoche en Lima— todavía no había una opinión oficial, me dijo el presidente: “Ya es muy tarde para usted y el día ha sido intenso. Tómese una copita para que se relaje y duerma de inmediato, porque mañana lo quiero fresco... en el buen sentido del término”, “Así lo haré, presidente”, le respondí, “pero necesito conocer la decisión de Lima pues mañana tengo que dar una respuesta a las 9 am.”. Me contestó: “Mañana me llama a las 7:30 am. y le daré las instrucciones”. “Pero, presidente”, repliqué, “¡las 7:30 am. en Brasilia son las 4:30 am. en Lima!”. “No se

preocupe”, me dijo, “aquí estaré yo despierto esperando su llamada y aquí estará el señor ministro y todos los funcionarios que sean necesarios...”. Al día siguiente, gracias a las instrucciones que recibí en esa madrugada limeña, se firmó la Declaración de Brasilia.

A partir de ahí, el seguimiento del asunto por el presidente Fujimori fue muy cercano; era claro que se había propuesto llevar las conversaciones hasta un final feliz. Hubo un momento en que el diálogo con la delegación ecuatoriana se hizo muy difícil. Después de que Ecuador y Perú habíamos seguido líneas manifiestamente convergentes durante varios meses, acercando muchísimo nuestras posiciones, nos dio la impresión de que habíamos llegado a un punto muerto: las líneas de conversación se habían vuelto paralelas y parecía que aunque anduviéramos mucho a lo largo de ellas nunca llegaríamos a encontrarnos. Fue entonces que el presidente decidió tomar parte directa en las negociaciones mismas: hablando metafóricamente, se quitó el saco, se arremangó la camisa y se sentó directamente a negociar en la mesa de conversaciones; y al lado de él estuvimos tanto yo mismo como presidente de la Delegación y Coordinador de la Comisión de Fijación en el terreno de la frontera terrestre común, como el embajador Jorge Valdez. Por su parte, el presidente Mahuad hizo lo mismo. Y pienso que esto fue concluyente: sin esa actitud decidida y valiente del presidente Fujimori y del presidente Mahuad —que se conoció como “diplomacia presidencial”— es probable que las conversaciones se hubiesen paralizado. El papel de estos dos mandatarios fue decisivo para el logro del Acuerdo de Paz.

Cuando el presidente Fujimori me invitó a asumir la Cancillería, debido a la renuncia del Dr. Eduardo Ferrero por discrepancias en la conducción de las conversaciones, no lo sentí como una novedad respecto de lo que venía haciendo sino que lo vi más bien como una posibilidad de materializar ese ideal por el que había trabajado durante casi año y medio; lo vi como una forma de cumplir más cabalmente con mi país dentro de la línea que me había propuesto desde el inicio de mi participación en el proceso. Sabía muy bien que cualquier acuerdo al que se llegara iba a ser objeto de duras críticas porque el tema era muy sensible. Sin embargo, nunca tuve el menor temor porque estoy acostumbrado a no responder sino ante mi conciencia; y cuando tengo la seguridad de que estoy obran-

do bien, no me importa lo que se me pueda decir ni el costo (injusto) que haya que pagar por guardar lealtad con mis propios ideales y principios.

Las partes decidieron someter el problema a la opinión de los garantes. Y estos solicitaron que tal sometimiento fuera vinculante y que estuviera aprobado por los dos Congresos.

La sustentación ante el Congreso fue una dura prueba. Las interminables horas de dos largos días (con sus noches) de discusión solo fueron soportables gracias a que, en esas condiciones, el organismo segrega esa sustancia maravillosa que es la adrenalina. En mi exposición quise ser lo más franco y lo más claro frente a los congresistas peruanos; y, particularmente, quise transmitir mi angustia —que me había servido de motor durante el proceso— por el hecho de que pudiéramos estar ante una guerra inminente si no se llegaba a un acuerdo con Ecuador; y esto significaba nuevamente jóvenes peruanos y jóvenes ecuatorianos muertos a causa de que nosotros no habíamos sabido llevar a buen término las negociaciones. Alguien me acusó en forma dura de chantajista (que es una palabra muy fuerte), aduciendo que amenazaba con una guerra tan solo para obtener la aprobación de los congresistas. Pero yo sabía —y así lo dije al Congreso— que, apenas dos meses antes, una guerra había sido detenida gracias a la intervención de los garantes, cuando los dos ejércitos estaban frente a frente a pocos metros de distancia, con los dedos sobre los gatillos; y sabía también que una nueva guerra no podría limitarse a la Cordillera del Cóndor porque una decisión de esta naturaleza nos colocaría en una debilidad estratégica, lo que inevitablemente nos conduciría a una guerra que se extendería a otras zonas de Ecuador y, consecuentemente, de Perú.

Paralizar las negociaciones, dejar congeladas las conversaciones para retomarlas algunos años más tarde con la esperanza de lograr entonces un mejor acuerdo, era una loca ilusión. La llamada “paz armada” era una forma equivocada de encarar la apremiante realidad. En el entretanto, una inevitable guerra aumentaría el odio y haría cada vez más difícil alcanzar la paz definitiva. Confieso que en algunos momentos me sentí muy cansado de tener que responder a argumentos insensatos. Pero en medio de la fatiga de la discusión, encontré que la evocación de los futuros jóvenes muertos, mutilados y heridos de ambos países, me generaba fuerzas para combatir el desánimo y la frustración ante tanta incompreensión. Y, feliz-

mente, con la ayuda de muchas personas que dejaron de lado sus prejuicios y sus intereses políticos para pensar únicamente en el país y para analizar las cosas de una manera racional, logramos la aprobación.

Quiero aprovechar la ocasión para agradecer públicamente a los países garantes, quienes de una manera afectuosa y eficiente dieron un apoyo invaluable para el logro de la paz. Y finalmente tomaron sobre ellos la responsabilidad de hacer suya la solución definitiva. En primer lugar, debo mencionar a Brasil, que asumió la secretaría del mecanismo de conversaciones. Además, el presidente Fernando Henrique Cardoso tuvo una intervención personal muy cálida que jugó un papel fundamental. También Estados Unidos tuvo una intervención importante, particularmente a través de Luigi Einaudi. Y Argentina y Chile estuvieron siempre presentes alentándonos a llegar a un acuerdo y fueron a su vez sede de varias reuniones de las delegaciones de Ecuador y Perú. Los garantes crearon un campo de juego perfectamente plano y sin obstáculos para que las delegaciones del Perú y del Ecuador pudieran conversar con equidad y honestidad.

La firma del Acuerdo Presidencial de Brasilia fue verdaderamente emocionante. La ceremonia revistió una solemnidad sencilla y profunda, que solo puede tener lugar cuando las razones y los corazones se tocan. Los discursos de los dos mandatarios fueron verdaderas piezas magistrales de oratoria. Pero lo que no se ha contado en los diarios ni se puede apreciar en la televisión es la explosión de sentimientos que se manifestaba de múltiples formas. Muy altas autoridades, tanto de Perú como de Ecuador, se secaban avergonzadamente sus lágrimas, tratando de que pasaran inadvertidas. La emoción no podía disimularse. Era parte del aire que todos respirábamos, casi se podía oler o escuchar; estaba ahí, inundando toda esa enorme sala, con una presencia avasalladora. Cuando terminó el acto oficial, los 600 asistentes salieron a la terraza de Itamaraty y ecuatorianos y peruanos se abrazaban, se tomaban fotografías juntos, se firmaban recíprocamente afiches por la paz, mientras conjuntos folklóricos de ambos países hacían sonar sus melodías y ritmos. “Yo soy congresista del Perú. Tú lo eres del Ecuador, ¿no? ¡Venga un abrazo!”. “¡Hermano ecuatoriano! ¿Nos tomamos una foto juntos?”. O también: “Aquí estamos los representantes del comercio y la producción de Quito. ¿Dónde están mis colegas

peruanos para comenzar a hacer negocios?”. Estas no son frases inventadas. Son un testimonio de lo que he escuchado en esa conmovedora mañana.

He leído y he escuchado en los medios periodísticos muchas opiniones discrepantes, particularmente en algunos grupos políticos opuestos al Gobierno de entonces. Algunas han sido expresadas incluso con una acritud insólita. Fiel a mis convicciones sobre las virtudes de la tolerancia las respeto, aunque no respeten de la misma forma las mías. Un sabio amigo me decía que hay que ser intolerante solamente con los intolerantes. Prefiero ser tolerante con todos, incluyendo con aquellos que sostienen intolerantemente una posición insensata. Sin embargo, debo decir también que mi confianza en la racionalidad del ser humano —debilitada por la actitud de los políticos— ha sido reconfortada por los gestos de la gente de la calle, de las personas comunes y corrientes de ambos países que encuentro día a día y que se expresan sin ningún trasfondo político sino simplemente sobre la base de lo que sienten. En una oportunidad, a la salida de la plaza de toros de Lima, se me acercó un hombre modesto, abriéndose camino a empujones entre la multitud. Llevaba un niño de cinco o seis años en sus hombros. Cuando llegó hasta mí, le dijo a su hijo: “Mira bien a este señor porque gracias a él ni tú ni otros chicos peruanos de tu edad tendrán que ir a pelear algún día contra unos ecuatorianos que ahora son chicos como tú”. Me conmovió. Su reconocimiento era excesivo porque la paz no es obra mía sino que ha sido el resultado de una labor de equipo en los dos campos; y ciertamente hubo otras personas más importantes que yo, que fueron mucho más decisivas para lograrla. Pero sus palabras me devolvieron la fe en la humanidad: ese hombre sencillo había percibido las cosas de una manera perfectamente racional, porque estaba al margen de los prejuicios históricos y de las segundas intenciones políticas. El realismo “naif” no es solamente una moda artística sino que, en algunas ocasiones, es una suerte de purificación mental que permite acceder a un modo más directo de tomar contacto con la realidad tal como es.

Y fue en esa forma emotiva como la paz se impuso entre quienes se encontraban presentes en Brasilia y es así como debe imponerse en nuestros pueblos. Porque la paz no es solamente un concepto de derecho internacional, no es una mera aspiración política ni una simple consecuencia

de hechos jurídicos, como tratados, acuerdos u otros documentos oficiales. La paz es ante todo un sentimiento ligado a una razón, la paz es una actitud interior, es una convicción que nace en lo más profundo del alma. La paz tiene que estar presente no solo en nuestros tratados sino sobre todo en nuestros corazones.

La paz no significa un mero aquietamiento, una suerte de neutralidad un tanto cansina. La vida es siempre actividad, está siempre hecha de poderes que se ponen en ejercicio y que, consecuentemente, chocan entre sí, se confrontan recíprocamente. Donde no hay contraste no hay vida; y la paz no es la quietud de los cementerios ni una beatitud angélica que nos mantenga en estado extático. La paz por la que lucho –aunque esta formulación (paz y lucha) parezca paradójica desde una perspectiva superficial– está hecha de competencia, de esfuerzos recíprocos de superación. Pero lo importante es que esa confrontación vital no se produzca en los niveles más primarios de las relaciones sociales sino ahí donde la competencia se hace constructiva.

La paz es la eliminación de la violencia. Si los países y los hombres solo tienen a mano la violencia para realizar sus intereses y para hacer valer sus derechos, no van a llegar muy lejos. En ese estado de alarma permanente, de sospecha, de temor, de agresividad generalizada, de inseguridad básica, no es posible pensar en inventar nuevas aplicaciones para las computadoras, ni en escribir un libro, ni en componer una ópera, ni en asociarse para invertir grandes sumas en una fábrica; cuando solo la solución violenta está a nuestro alcance, no tenemos tiempo, cabeza ni recursos sino para armarnos, para prever el ataque enemigo, para descorder cortinas a fin de ver si no hay tras de ellas un asesino oculto. La violencia y la desconfianza solo conducen a la pobreza, al subdesarrollo, a condiciones muy miserables de vida. En cambio, superado el fantasma fatídico de la violencia, aseguradas las bases del sistema social (nacional e internacional), es posible dar rienda suelta a la libertad, es posible estimular las fuerzas individuales y sociales, porque entonces la competencia entre ellas se torna sana y su deseo de empinarse unas sobre las otras eleva el nivel de la sociedad en general. En estas circunstancias, es posible también asociarnos unos con otros para alcanzar en común nuestros propios intereses más plenamente, de una manera que no hubiera sido posible en forma individual.

Como consecuencia de esta paz de Brasilia, nació una nueva era de relaciones con Ecuador que no cabe duda de que ha sido muy productiva. Ya no somos enemigos; ahora somos socios. Resuelto el problema de frontera que alimentaba la posibilidad suicida de violencia, ecuatorianos y peruanos podemos acordar alianzas y entrar en competencias productivas en materia comercial y cultural que nos permitan elevar nuestros respectivos niveles de civilización. Y en esta nueva vida nacional, no podemos olvidar que somos socios, sobre todo, en la más noble de las empresas: la erradicación de la pobreza y del subdesarrollo. Ese es nuestro verdadero enemigo común al que ahora podremos combatir juntos como aliados.